

bien del Estado, que practica la abnegacion y el sacrificio. Habladles de las virtudes teologales y de las prácticas ordenadas por la Iglesia; que las virtudes morales pueden dar reposo á la conciencia, pero no abren las puertas del cielo. Ese es el lenguaje que se oye en el campo de la ortodoxia; y se halla en tal contradiccion con los sentimientos de la humanidad moderna, que no se puede tomarlo en serio. ¡Cuestion de dominacion! Si los hombres estuvieran bien persuadidos de que deben perfeccionarse á sí propios y trabajar por el perfeccionamiento de sus semejantes, y de que esto es amar á Dios y labrar su salvacion, ¿qué sería de las operaciones mágicas llamadas sacramentos, qué sería del poder de la Iglesia?

Channing no tiene ese soberbio desden por la moralidad: ántes, por lo contrario, cree que el objeto de la religion no es otro que presentarnos un tipo de perfeccion moral y excitarnos incesantemente á alcanzarlo. Precisamente porque el cristianismo predica el amor de los hombres es la verdadera religion, la religion definitiva de la humanidad. ¿No nos dice la Sagrada Escritura que pasó Jesus su vida en hacer el bien? Hé ahí el objeto de la predicacion evangélica. El Cristo quiere que nos hagamos semejantes á Dios, que seamos perfectos como él. Ahora bien, ¿cuál es el amor más desinteresado que se puede concebir? ¿No es el amor de Dios á los hombres? La abnegacion, el sacrificio es, pues, lo que ha venido á predicar Jesus. Esa es la caridad, de que tanto se habla y que tan poco se practica. Jesucristo dice que la esencia de su religion consiste en la caridad. Antes de Él se había hablado de amar á los hombres; pero era un amor más ó ménos egoísta, el amor de la familia, el amor de la patria; Jesus predica el amor universal; hé ahí todo el cristianismo. ¿Yerra Channing en esperar que la religion así comprendida renovaría el mundo si penetrara en los corazones y si inspiraría la vida? (1).

Jesucristo fué el primer amigo de los hombres; y eso es lo que nos importa saber, á fin de imitarle; pero no es así como lo han entendido los cristianos. Se han preguntado cuál es la naturaleza de Jesus: ¿Es hombre? ¿Es Dios? ¿Es juntamente Dios y Hombre? ¿Tiene una voluntad ó tiene dos?

(1) CHANNING, *le Christianisme, l'Amour universel* (Werke, tomo VII, p. 213; *l'Ami des hommes* (IBID., t. X, p. 167).

¡Singular ceguedad! ¿Qué se diría de los Americanos si inquiriesen con ansiedad el lugar del nacimiento de Washington, si discutieran con pasion sobre los antepasados del héroe, y si, en fuerza de indagar su genealogía, olvidáran que ha sido el tipo de la abnegacion y descuidáran imitar su amor desinteresado á la patria? Hé ahí, sin embargo, lo que hacen los cristianos. Mas qué vanas son sus discusiones; han conducido á un dogma de que ha hecho la ortodoxia una condicion de salvacion: es preciso creer que Jesus ha sido engendrado por el Espíritu Santo, que es el Hijo de Dios, coeterno con el Padre. ¿Qué tiene de comun esta creencia con nuestro perfeccionamiento intelectual y moral? ¿Puede concebir la razon un sér juntamente finito é infinito, creador y creado, imperfecto y perfecto? Y si estamos convencidos de que Jesus es Dios, ¿qué podrá ser para nosotros, miserables criaturas, su vida y su muerte? Si Jesus, por lo contrario, es hombre, podemos y debemos imitarlo elevándonos á su altura (1).

Nada más verdadero. Jesus, Hombre-Dios, es una concepcion teológica que nada dice á nuestra alma ni á nuestra inteligencia; en vez de elevarnos á Dios nos aleja de Él. Pero ¿no se debe decir lo mismo de toda ortodoxia? El espíritu humano no cree ya en lo sobrenatural; si se le quiere imponer creencias que no puede aceptar, abandonará la religion y dirá para sí que el tiempo de la fe ha pasado. En este punto aparecen las inconsecuencias de Channing. ¿No se ha olvidado de lo que dice de la doble naturaleza del Cristo cuando defiende los milagros y la resurreccion? ¿Es un hombre como nosotros el hombre que resucita y que vuelve los muertos á la vida? Jesus es, pues, hombre, y no es hombre, falsa concepcion que es como un vicio hereditario del protestantismo: los que rechazan los milagros como cosa imposible mantienen la perfeccion del Cristo, que es tan milagrosa y tan imposible. Hay que llegar á los más avanzados entre los protestantes, hasta Parker, para encontrarse al fin en el terreno de la realidad humana: admite que Jesus se ha engañado: evitemos, dice, sus errores é imitemos su vida de caridad (2). En

(1) CHANNING, *l'Amour de Jésus-Christ* (Werke, t. V, p. 79 y siguientes; 116 y siguientes).

(2) PARKER, *Saemmtliche Werke, deutsch von Zeithen*, t. II, páginas 15-24.

§ V.—Inglaterra.

I.

Los Estados- Unidos proceden de Inglaterra como lo porvenir procede de lo presente. Al emigrar dejaron los puritanos á la madre patria sus ficciones monárquicas, y han organizado el régimen de la democracia. Del propio modo los unitarios y las mil sectas que pululan en el Nuevo Mundo han roto las cadenas de la Iglesia oficial para ir á dar todas más ó ménos pronto en el cristianismo racional de Parker. Inglaterra se ha conservado, en apariencia, como la sede de la ortodoxia; pero las apariencias engañan. Inglaterra es un país de tradicion; la autoridad de los precedentes tiene en ella un inmenso poder, y, sin embargo, el progreso se cumple. ¿Cómo concilian los Ingleses lo que parece inconciliable? Hacen lo que hacian los juriscultos romanos. Gracias á sus trabajos llegó el derecho á una perfeccion que la ciencia moderna envidia á la antigüedad; y, sin embargo, este derecho tan perfecto era considerado como el desarrollo de las Doce Tablas. Los que han estudiado el derecho saben cuánto ingenio y sutileza se ha necesitado para desarrollar el espíritu manteniendo la letra. No es todo perfeccion en este procedimiento: la sutileza toca en el engaño, y la argucia es hermana de la hipocresía legal. Pues bien, los Ingleses hacen lo mismo en política y en religion.

Sabido es el respeto que los Ingleses profesan á la monarquía; son el pueblo leal por excelencia, y en realidad, el poder real no es más que una ficcion, un mecanismo que la mayoría parlamentaria mueve á su antojo. El parlamento es omnipotente en Inglaterra; modifica la constitucion, hace y deshace las religiones. En el siglo XVI formuló la fe protestante en treinta y nueve artículos. ¿Quién no creería que habian de ser una barrera insuperable para el progreso religioso, á lo ménos hasta que pluguiera al parlamento abrogarlos? Los dos primeros artículos de aquella profesion de fe reproducen el dogma de Nicea, fundamento del cristianismo tradicional. El artículo VIII prescribe que se reciban íntegramente y crean los tres símbolos, entre los cuales se halla el de Atanasio, tan explícito, que parece cerrar la puerta á toda tentativa de disidencia. En él se lee que la creencia en la cuanto se admite lo que quiera que sea de sobrehumano en la persona del Cristo ó en su obra, se cae en la ortodoxia; el cristianismo se convierte en una manifestacion milagrosa de la divinidad, y, por tanto, en una doctrina inmutable. No es ese el sentir de los unitarios, ni de Parker, ni del mismo Channing, pues que uno y otro tienen un vivo sentimiento del progreso, y por ello son los profetas de la religion de lo porvenir.

Esta religion de lo porvenir parece muy prosaica á un escritor frances que ha adquirido un inmenso renombre poetizando la vida de Jesus. "Channing, dice Renan, carece del sentimiento de la alta poesia. Su teología es *ramplona*, sencilla, honrada, práctica, una teología á lo Franklin, sin gran alcance metafísico ni miras trascendentales," (1). La crítica se refiere á Parker tanto como á Channing, á los Liberales de Francia como á los de Holanda, y bien puede decirse que alcanza al mismo Jesucristo. Renan ha encontrado una poesia encantadora en la vida de Jesus, pero toda ella es de su invencion; es una bella novela, pero novela al cabo. Preguntémosle cuáles son las ideas metafísicas del Hijo del Hombre. Tienen, en cierto sentido, miras trascendentales: predica el reino de Dios, reino que no es de este mundo, y que, sin embargo, espera inaugurar un día, cuando, descendiendo sobre las nubes, venga á juzgar á los hombres. Hénos aquí en pleno mundo de los ensueños. ¿Es eso lo que seduce á Renan? Si la religion de lo porvenir necesita ese elemento trascendental, preciso es confesar que esta religion es tambien del dominio de los ensueños. La humanidad no cree ya en la trascendencia; cuenta esos ensueños entre los errores transitorios que la imperfeccion humana ha mezclado con las grandes verdades que Jesus enseñó respecto de Dios y de la mision del hombre. Estas verdades son las que hay que desprender de lo pasado, no por un trabajo de anticuario ni por la poesia, sino por la conciencia, lo cual quiere decir que debemos buscar la religion de lo porvenir en las entrañas de la humanidad, sin que esto impida que se relacione con el Cristo, con Aquel que nos ha revelado á nuestro Padre y que nos ha enseñado que debemos amarnos como Dios nos ama.

(1) RENAN, *l'Unitarisme aux États-Unis* (Revue des Deux Mondes, 1854, t. IV, p. 1065).

Trinidad y en la Encarnación, tal como minuciosamente se define, es necesaria para la salvación; y á fin de que nadie lo ignore, esta afirmación se repite hasta tres veces. Y no es sólo una condición de salvación ese formulario; el estatuto de la reina Isabel lo impone á todos los que quieran ser graduados en teología, es decir, á todos los que aspiren á ejercer una función cualquiera en la Iglesia. De hecho los teólogos de la Iglesia anglicana suscriben los treinta y nueve artículos; pero ¿creen en ellos? Nuestra pregunta es indiscreta: la historia responderá por nosotros.

Ha habido hombres de conciencia severa que se negaron á entrar en la Iglesia establecida, porque no creían en los treinta y nueve artículos. Citarémos uno de los grandes genios que honran á la humanidad: cuenta Milton que el deseo de sus padres y su propia vocación le inclinaban á hacerse ministro, pero le espantó la tiranía que reinaba en la Iglesia: "El que á ella se consagra, dice, está obligado á prestar el juramento de creer y enseñar los treinta y nueve artículos, es decir, se hace esclavo, á menos de que no llegue á olvidar su promesa.", Milton no pudo decidirse á transigir con su conciencia, violando, era su frase, imprudentemente un juramento, y prefirió abstenerse de funciones que necesitaba comprar por la servidumbre é inaugurar por el perjurio (1). Milton era unitario, y por tanto hereje, y sabido es que las virtudes de los herejes son todavía peores que las de los paganos. Los ortodoxos comprendían mucho mejor el deber de la honradez: imaginaron mil artificios para eludir las prescripciones de la profesión que estaban obligados á cumplir, y lo hacían con el fin de gozar los ricos beneficios de la Iglesia anglicana. Empleaban argucias como ésta: el artículo VI prohibía exigir nada fuera de la Sagrada Escritura, pues que contiene todo lo necesario á la salvación; y así como los ortodoxos lo hallan todo en los libros sagrados, aun lo que en ellos no existe, los teólogos libres pensadores, por lo contrario, no ven lo que se dice en términos claros y explícitos; hay, pues, un medio de sostener que el artículo VI restringe, ó, por mejor decir, anula todo lo demás. ¡Excelente excusa para suscribir una profesión de fe que obliga sin obligar! Eso es lo que un escritor francés llama "un medio decente de no ser

(1) MILTON, *Church government*.

sincero" (1); pero nosotros, que no estamos obligados á la cortesía francesa, llamaremos la hipocresía por su nombre. En esa pendiente resbaladiza basta dar sólo el primer paso. No se consideró ya el juramento sino como una formalidad un poco embarazosa, porque siempre se necesitaba emplear ciertos artificios de lenguaje en la predicación y en la enseñanza; pero á todo llega uno á hacerse. Á fines del siglo XVIII decía un ministro unitario lo que ya á fines del XVII habían dicho los libres pensadores: que las creencias formuladas en los treinta y nueve artículos no eran ya las de la Iglesia anglicana, lo cual no impedía á los clérigos jurar su observancia y mantener el ritual impregnado de aquel espíritu (2). Á tales acomodamientos se presta el cielo. En nuestros días se ha dado un paso más: hay en el seno de la Iglesia anglicana ministros que son discípulos de Strauss y de Feuerbach más que del Cristo, y que no por eso dejan de suscribir una profesión de fe calvinista (3).

No son de nuestro agrado esas transacciones con la conciencia; nada nos repugna tanto como la hipocresía, y esa lepra de las sociedades modernas ha llegado á ser una enfermedad crónica en Inglaterra. No hay renovación religiosa posible mientras los hombres no tengan el valor de decir en alta voz lo que piensan y de ajustar su vida á sus convicciones. La hipocresía legal tiene, sin embargo, un aspecto ménos repugnante entre los Ingleses, el del profundo respeto que guardan á la ley, y que les hace no atacar á una institución sino cuando es imposible mantenerla. Esa aparente inmovilidad es, en efecto, el escollo de esa tendencia del espíritu nacional inglés. No hay más que un medio de conciliar el progreso con el respeto de lo pasado, con el culto de la letra, y es el de interpretar los textos de manera que se les ponga en armonía con las ideas y los sentimientos á medida que en éstos sobrevienen cambios; y eso lo que se hace en el orden religioso como en el político. De ahí, en el seno de la Iglesia establecida, un movimiento de reforma que forma singular contraste con el estado legal de las creencias religiosas.

Hemos mostrado en el curso de estos Estudios

(1) RÉMUSAT, *les Controverses religieuses en Angleterre* (*Revue des Deux Mondes*, 1856, t. v, p. 499).

(2) PRIESTLEY, *History of the corruption of the christianity*, tomo I, p. 326.

(3) RÉMUSAT, en la *Revue des Deux Mondes*, 1856, t. v, p. 501.

que el exceso de las creencias calvinistas y el horror que inspiraban provocaron una viva reacción: aquel grito de un filósofo francés: "ensanchad el cielo," resonó desde el siglo XVII en la Iglesia de Inglaterra (1). Legalmente es hoy lo que era en tiempo de la reina Isabel; pero si se comparan los sentimientos y las ideas de las dos épocas, se verá que se ha cumplido una inmensa revolución. No citarémos incrédulos ni avanzados como ejemplo; citarémos un ortodoxo, Arnold, cuyo nombre goza de gran autoridad entre los Ingleses. Pues bien, Arnold es un verdadero cristiano, pero su cristianismo es más bien el de los liberales que el de la ortodoxia; no concibe la virtud sin Dios, ni á Dios sin Jesucristo; pero creyendo en el Cristo, haciendo de la fe en el Cristo la regla de su vida, no se encadena á formas ni á palabras; y precisamente porque la religión es para él la vida, quiere que sea el principio, la base de nuestros sentimientos y de nuestras acciones, que se una á los intereses y al movimiento de la sociedad, que penetre hasta en la política. Muéstrase en esto el abismo que separa el cristianismo liberal de Arnold de la estrecha ortodoxia que reina en el continente. Ésta interviene también en la política, mas es para maldecir la libertad, mientras Arnold pretende que la religión consagra los principios que rigen la vida social: la constante tendencia que se revela en los protestantes es la aspiración á una religión de este mundo. Sí, dice Arnold, el Cristo ha descendido á la tierra para mostrar á los hombres el reino del cielo; á los hombres les toca devolverle desde ahora el reino de este mundo (2).

Todavía se halla en Arnold otra inspiración del cristianismo liberal. Aunque ortodoxo, da poca importancia á las fórmulas escritas; no cree que la teología haga al cristiano, probando con esto que no es ya un creyente á la manera de los viejos ortodoxos. Estaban éstos muy convencidos de que ellos solos poseían la verdad y de que fuera de la Iglesia no había salvación. Hablando de tales disidentes, dice Arnold: "No están del todo en el error, ni tampoco nosotros en la plenitud de la verdad." Lo cual es minar la ortodoxia por su base. Hay también otro fundamento de la Iglesia

oficial que no merece á Arnold el respeto supersticioso que los hombres de su raza y de su fe afectan tener hácia el pasado. La tradición no es para él la primera autoridad. Jesucristo vive siempre; su acción no se interrumpe. El cristianismo no es, pues, una lengua muerta, una especie de arqueología; la religión ha de estar en una cierta armonía con los sentimientos y las ideas de cada época. ¿No es esto decir, como los racionalistas de Suiza, que Dios es el Dios de los vivos y no de los muertos? Arnold deduce que la manera de concebir la religión y practicarla depende del espíritu del tiempo. De donde resulta que la religión, como todas las manifestaciones de la vida, sigue el progreso de la civilización, pues que también es ésta de Dios (1). Los libres pensadores no dicen otra cosa.

II.

Arnold no es el único anglicano que se aproxime al liberalismo cristiano, cuyas huellas buscamos. Los hay de opiniones aún más acentuadas. Queden á un lado los incrédulos y los sectarios del panteísmo alemán; si se dicen cristianos, se engañan: ¿cómo pueden invocar á su Padre celestial los que creen que no tiene Dios personalidad alguna, conciencia de sí mismo? ¿Cómo pueden hablar de moral religiosa los que no admiten la inmortalidad del individuo? Lo que preguntamos es si no hay en la Iglesia anglicana cristianos liberales.

Se sabe el ruido y el escándalo que hicieron los *Ensayos y las Revistas*, colección de trozos sueltos de teología é historia religiosa, publicados por dignatarios de la Iglesia establecida. El cristianismo liberal es lo que reina en ellos; sin duda son su grandeza y su debilidad. La *Revista de Westminster*, órgano de los radicales, dice que el cristianismo de los *ensayistas* está en oposición directa con la fe popular, que es, en realidad, una nueva religión (2). No cabe duda de que tal es la tendencia de todos los llamados liberales ó avanzados; pero se guardan de expresarla abiertamente, y en Inglaterra ménos que en parte alguna. Nada tan débil, tan indeciso, en apariencia, como los *Ensayos y Revistas*. ¿Cuál es esta religión moral que los conservadores persiguen con sus mal-

(1) Véase el *Estudio sobre las guerras de religión*.

(2) RÉMUSAT, *les Controverses religieuses*, en Inglaterra (*Revue des Deux Mondes*, 1856, t. v, p. 508).

(1) *Revue des Deux Mondes*, 1865, t. v, p. 524 y siguientes.

(2) *Westminster Review*, núm. XXXVI.